

# EL MUNDO

Martes, 5 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.414.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

## El talante, por detrás y por delante

LUIS HERRERO

Me aposté pincho de tortilla y caña a que Zapatero acudiría al estreno de la última película de Garci y, naturalmente, perdí. Soy un iluso. Garci me había dicho: «He invitado a todos, pero ya verás como los del PSOE no vienen», y yo, fanfarrón además de iluso, tonto de remate, le dije que se equivocaba; que si yo conocía un poco a Rodríguez Zapatero era clarísimo que decidiría acudir, como lo hizo al estreno de Mar Adentro, rodeado por más de la mitad de su Gobierno, aunque sólo fuera para que nadie le pudiera tachar de sectario.

Recordaba muy bien las largas conversaciones que habíamos mantenido él y yo -él jefe precario de una oposición a la virulé y yo periodista radiofónico de madrugón forzoso- y guardaba en mi memoria lo que me dijo más de una vez, como preludio argumental de lo que luego acabó cristalizando en el afortunado eslogan electoral del talante: «Mi vocación política no se puede entender sin las conversaciones nocturnas en las que mi padre me contó el testamento de mi abuelo, fusilado en el año 36, donde dejó escrito que su único credo había sido luchar por mejorar socialmente a los humildes, que moría inocente, que perdonaba, y que quería que sus herederos perdonáramos también. No olvidaré nunca esas conversaciones. Una de las grandes satisfacciones que yo tengo, viendo la historia de este país, es que yo tenía 18 años cuando se aprobó la Constitución y que ahora tengo muchos amigos de derechas con los que mantengo una relación perfectamente normal. Podemos ir juntos a ver a nuestras familias sabiendo dónde estaba cada cual durante los años de la guerra. Conseguir eso ha sido muy difícil en la historia de nuestro país y, para mí, es esencial preservarlo».

Garci, chico listo, con una intuición prodigiosa para el vaticinio de las grandes catástrofes, especialmente las deportivas, me miró con esa mirada tan suya de sonrisa a medio encasquillar que pone cuando se topa de bruces con un idiota de buena voluntad y, después de escucharme, dijo con el laconismo típico de un madrileño de Narváez: «Ya veremos».

Confieso que yo estaba bastante seguro de ganar la apuesta, pero para curarme en salud traté de reforzar mis opciones con una escaramuza

telefónica. Llamé a Alfredo Pérez Rubalcaba, con quien creía tener una relación aproximadamente amistosa, y cuando pregunté por él, su secretaria me preguntó en un tono de irreprochable profesionalidad:

-¿Pero él le conoce a usted?

Sonreí para mis adentros, como lo hacen los idiotas presuntuosos antes de que la realidad les ponga en su sitio. Nos conocíamos desde hace muchos años. El nadaba por el foso de los cocodrilos que protegían la fortaleza del felipismo, aún en el poder, y yo, desde la Cope, me esforzaba por mantener puentes abiertos con un PSOE que había dado instrucciones de no acudir bajo ningún concepto al programa de Antonio Herrero. Cada vez que le entrevistaba en La Linterna, una ruidosa porción de mi audiencia ponía el grito en el cielo y me acusaba de periodista manso. Luego el PSOE perdió las elecciones y anduvo una larga temporada hecho unos zorros, a pesar de lo cual yo le seguí entrevistando con frecuencia porque los asilvestrados pastos de la Cope, pensaba yo, debían estar abiertos a todas las especies necesitadas de alimento, y con más motivo si se trataba de especies en vías de extinción.

-Sí, le dije a su secretaria, él me conoce. Dígale por favor que sólo le molestaré un minuto.

Pero no tuve la oportunidad de hacerlo porque nunca me devolvió la llamada. Mi única pretensión era contribuir a que, tanto él como su jefe, aceptaran la invitación de Garci. Creía, honradamente, que la película se lo merecía. El poder político, en cambio, no opinaba lo mismo. Como ya es sabido, al estreno no acudió ni Zapatero, ni Rubalcaba, ni la ministra de Cultura, ni la presidenta de la academia española de cine, ni nadie (salvo Joaquín Leguina) emparentado con la nueva nomenclatura. Por no acudir, ni siquiera acudió la directora general de RTVE, ¡a pesar de ser coproductora de la película!

Garci trajo a España la primera estatuilla, dorada y calva, que Hollywood le dedicaba a una película rodada en nuestro idioma y ha estado otras tres veces más a un solo paso de repetir la gesta. Tiovivo, su último trabajo, estaba seleccionada entre las tres películas que debían competir por representar al cine español en la carrera de los Oscar y, la noche del estreno, aún no se sabía cuál de las tres se iba a llevar el gato al agua. Aun así, el mensaje de los que dicen representarnos a todos, cualquiera que sea nuestra ideología o confesión, fue inequívoco: a Garci, en otro tiempo compañero de viaje del partido comunista pero ahora perro sin collar, ni agua. Ya que no se puede morir profesionalmente por falta de talento, que se muera de sed. Y, si por ellos fuera, también de soledad.

Tiovivo circa 1950 no es sólo una película buenísima, tierna, humana, cáustica, noctámbula, honrada, divertida, triste, encantadora, amarga, vital,

estimulante, surrealista y veraz. Es, sobre todo, tal como yo la veo, la primera película que vuelve la mirada sobre la España de la posguerra sin ningún predominio de lo rojo sobre lo azul ni de lo azul sobre lo rojo. Lamento no ser muy original, pero me sumo a la opinión de los muchos que ya han dicho de ella que se trata de una película que nos cuenta la historia del episodio más doloroso y desgarrador del siglo pasado sin caer en la tentación del ajuste de cuentas. No hay en las dos horas y media que dura la cinta ni una sola brizna de resentimiento. Garci roza con la yema de los dedos las heridas de la España de la que venimos todos -unos y otros- sin ánimo de reabrir las heridas que sangraron durante tanto tiempo, las acaricia con tanto respeto y con tanta ternura que entiendo muy bien las lágrimas de aquellos que, al acabar la proyección, buscan un lugar discreto en la sala donde secar con un pañuelo la emoción de sus mejillas.

La presencia en el estreno de lo que nos empeñamos en seguir llamando las dos Españas hubiera podido simbolizar mejor que nada la voluntad de unos y otros por zanjar para siempre la división guerracivilista que tanto daño nos hace y que Zapatero, en sus conversaciones conmigo, se había comprometido a cicatrizar. Desgraciadamente, sin embargo, los de un bando faltaron a la cita y la ceremonia de la reconciliación reivindicada por el presidente del Gobierno cuando aún no lo era, renovó su eterna condición de asignatura pendiente. Me temo que así seguirá siendo hasta que la izquierda no renuncie para siempre a recuperar el recuerdo iracundo del 36. A estas alturas, por desgracia, ya tengo claro que Zapatero, a pesar de haberme tenido engañado durante tanto tiempo, no será el líder político socialista que lo consiga. Una prueba más de lo que significa, de verdad, su celeberrimo talante: si te descuidas, por detrás y por delante.

**Luis Herrero es eurodiputado del PP.**

© Mundinteractivos, S.A.